

La idea imperial en Napoleón. La simbiosis entre modernización política y tradición ideológica

José J. Sanmartín*

I. INTRODUCCIÓN: LA PLASMACIÓN DE UN ANHELO NACIONAL

El presente artículo explora varios afluentes intelectuales del pensamiento político que conformaron la idea imperial desarrollada por Napoleón I¹. Su reinado consolidó la intersección entre distintas corrientes ideológicas que, en ocasiones, habían estado en abierto conflicto ideológico. El estadista francés pretendía convertir su sistema político en simbiosis del pasado y del presente, un universo de valores único donde la Historia y el porvenir caminasen de la mano ilustrada del Emperador². ¿Una monarquía republicana? El principio de ciudadanía se combinaba con el liderazgo del soberano. La garantía de derechos y deberes, un ordenamiento jurídico basado en el cumplimiento de leyes y normas, los principios revolucionarios de la igualdad, la fraternidad y la libertad, se conjugaron —atemperándose mutuamente— en la tradición monárquica europea. Como puente entre ambos mundos, Bonaparte intentó recuperar para sí el papel de un cesarismo moderado, inspirado en la Historia romana, y menos en *La guerra de las Galias* o *El Príncipe*; la influencia de estas obras fue más herramental que finalista. César o Machiavelli enseñaron a Napoleón los medios a emplear para lograr el poder, pero no sobre los objetivos a conseguir una vez ganado aquél; y apenas nada pudieron mostrarle

* Universidad de Alicante. Correo: jose.sanmartin@ua.es

1 Para una aproximación general —e interesada— sobre la concepción política del Emperador, véase el clásico, y todavía polémico, estudio de PIERRE COSTANTINI, *La grande pensee de Bonaparte*, París, Baudinière, 1941 ; desde un planteamiento más imparcial, resulta recomendable la biografía de GEORGES LEFEBVRE, *Napoleone*, Roma/Bari, Laterza, 2003. Como visión amplia sobre el papel de los pensadores durante esa centuria, véase CH. CHARLE, *Los intelectuales en el siglo XIX*, Madrid, Siglo XXI, 2000.

2 STENDHAL: *Napoleón*, Madrid, Aguilar, 1989.

respecto a la manera adecuada de gobernar para mantenerse en la primera magistratura del Estado. Desde el inicio, Napoleón criticó comportamientos del militar romano y, directamente, inaplicó un buen número de propuestas maquiavélicas³.

La riqueza del pensamiento católico italiano y español desde mediados del siglo XVI hasta la segunda mitad del XVII sí fue relevante en cuanto a la provisión de alimento doctrinal para el Primer Imperio: la necesidad de un orden moral que asentase los fundamentos de una sociedad nueva, superadora de las injusticias del Antiguo Régimen e ilusionada sobre el advenimiento de una utopía convertida en realidad cotidiana⁴. Día a día, el Imperio debía reforzar su legitimidad mediante la constitución de una religión política que atrayese por igual a las clases sociales. La socialización de valores nacionales implementó exponencialmente la tarea emprendida a priori. En el imaginario bonapartista, el pueblo francés adquiría entidad propia, directamente vinculada al ideal de nación. En este contexto, Napoleón I se presentaba a Francia como un héroe mítico y redivido capaz de superar las diferencias que, irreductiblemente, habían asolado a la patria común en el último cuarto de siglo⁵. El Imperio debía perfeccionarse como un Estado antipolítico; el Emperador en persona se jactaba de su dominio técnico en distintas materias, pero jamás expreso confianza alguna hacia la tarea de los políticos⁶. La revolución pendiente en el país era, por tanto, burocrática, legal y productiva.

3 El Emperador, hombre pragmático, aun idealista, no pudo omitir en su cálculo el dato de que Julio César murió asesinado víctima de una conspiración orquestada en su entorno próximo; por su parte, Machiavelli fue un personaje brillante pero resentido, completamente apartado del poder e incluso de la misma Florencia.

4 Para una perspectiva sobre el tema, véase de A. JOURDAN, *L'Empire de Napoléon*, Paris, Flammarion, 2000.

5 La historiografía francesa ha realizado los mejores estudios sobre la situación de ese convulso período de su Historia. Véanse, entre otros, L. BERGERON, *La época de las revoluciones europeas*, Madrid, Siglo XXI Editores, 1979; J. GRENVILLE: *La Europa remodelada*, Madrid, Siglo XXI Editores, 1979; G. LEFEVRE: *La Revolución Francesa y el Imperio*, Madrid, Fondo de Cultura Económica, 1980.

6 El joven Napoleón ya manifestó —aun de manera harto peculiar- su interés por la cosa pública en vísperas revolucionarias. En carta a su madre, escrita el 12 de enero de 1789, Bonaparte le describía la situación política de Francia en lo siguientes términos: «Ainsi, cela permet que l'on attende patiemment la conclusion des opérations des États généraux... La discorde semble avoir jeté la pomme au milieu des trois ordres, et déjà le tiers état l'a emporté pour le nombre des députés à avoir, mais cette victoire est peu de chose s'il n'obtient par la délibération par tête au lieu de celle par ordre qui [est] aussi antique que la monarchie. Le clergé et la noblesse paraissent être disposés à défendre bravement leurs droits et anciennes prérogatives. Outre ces divisions générales, il n'y a pas de province où il n'y ait quatre ou cinq autres partis pour différents objets» (NAPOLÉON BONAPARTE: *Correspondance générale. Tome premier : Les apprentissages, 1784-1797*. Paris, Librairie Arthème Fayard, 2004, p. 67).

II. EL ADVENIMIENTO DE UNA RELIGIÓN POLÍTICA

El acceso de Bonaparte al trono de Francia en 1804 fue la conclusión natural de un largo proceso iniciado en plena Revolución⁷. La nueva monarquía surgía como una tentativa de refundación del Estado. En este contexto se inscribe la proclamación del Imperio en la primavera de 1804. Poco antes, el 30 de ventoso del año XII (21 de marzo de 1804) se promulgó el Código Civil mediante decreto de aplicación⁸. Paradójica y significativamente, la inspiración originaria para acometer un proyecto político y jurídico, además de una empresa militar, procedía de su querida Córcega. Paoli, «General de la Patria», fue para Napoleón una fuente de conocimiento del hombre político. Del líder patriota corso admiraba su relación directa con el pueblo, la adopción de formas democráticas para las instancias de poder, la instauración de un Consejo de Estado, el establecimiento de elecciones, el garantismo jurídico mediante una Constitución nacional y moderna que consagraba la separación de poderes, etc. El propio Napoleón le declaraba a Paoli:

«l'amour a la verité, de la patrie, de mes compatriotes, cet enthousiasme que m'inspire toujours la perspective d'une amelioration dans notre etat, me soutiendront»⁹.

Como Paoli, también Bonaparte quiso rodearse de cierto halo intelectual. Si el General de la Patria pidió la colaboración de Rousseau para la redacción de la Constitución corsa, Napoleón buscó la compañía de pensadores, artistas y literatos que sirviesen de pórtico deslumbrante a su propia creación política. Por supuesto, el joven y tosco militar, a base de esfuerzo, se convirtió en un insaciable lector, capaz de rebatir sobre aspectos técnicos aparentemente

7 El derecho al Trono por parte de Napoleón le parece indiscutible a su «valet» Constant debido a un conjunto de razones prácticas. La Corona imperial ceñida por Bonaparte disfrutó del apoyo explícito, o la aquiescencia, de la mayoría del pueblo. «On savait d'ailleurs que c'était lui qui faisait tout dans l'État, et que ses pretendus collègues n'étaient réellement que ses inférieurs. On trouvait donc juste qu'il devint chef suprême de nom, puisqu'il l'était déjà de fait. J'ai bien souvent, depuis sa chute, entendu appeler Sa Majesté du nom d'usurpateur; et cela n'a jamais produit sur moi d'autre effet que de me faire rire de pitié. Si l'empereur a usurpé le trône, il a eu plus de complices que tous les tyrants de tragédie et de mélodrame; car les trois quarts des Français étaient du complot». (CONSTANT: *Mémoires intimes de Napoléon I par Constant, son valet de chambre*, París, Mercure de France, 2007, p. 216).

8 F. VUILLAUME: *Commentaire analytique du Code Napoléon: renfermant les principes généraux du droit, les motifs de chaque article, les solutions motivées des questions auxquelles il donne lieu, les opinions des auteurs que les ont traitées et approfondies et la jurisprudence*, Paris, Cotillon [etc.], 1855.

9 BONAPARTE, Napoléon : *Correspondance générale. Tome premier : Les apprentissages, 1784-1797*, París, Librairie Arthème Fayard, 2004, p. 76.

nimios con los autores de informes y cartografía. Evitar la dependencia de demasiados; disponer de criterio propio para tomar las decisiones correctas... y una vez adoptadas, mantener el pulso firme, con independencia de los resultados finales. Por su parte, el propio Burke esbozó lo que debería ser un elemento consustancial del régimen venidero (monárquico, por supuesto) que se instalase en Francia para garantizar su continuidad, sucediendo —y finiquitando— al desorden del cual emanaba el fuego —para él, más incendiario que fatuo— de la Revolución.

«El poder ejecutivo tendría que estar constituido de tal manera que sus miembros estuviesen dispuestos a amar y a venerar a aquellos a quienes tienen que obedecer»¹⁰, pues «no está en el poder de la ley hacer que los hombres obren con celo. Los reyes, cuando son verdaderamente tales, pueden y deben soportar la libertad de los súbditos aunque les sean desagradables. Pueden incluso soportar sin violencia la autoridad de tales personas, si esto es necesario para el bien de su servicio»¹¹.

Asimismo, la baronesa de Staël procuró ejercer cierta influencia sobre el ideario político de la nueva clase dirigente. El resultado infructuoso de la tentativa, así como su posterior y creciente incompatibilidad con Napoleón, derivaron en la animadversión que Germaine Necker sintió hacia Bonaparte; éste, además, también correspondió al trato recibido por la hija única del gran ministro ilustrado. Conviene tener presente que cuando, en 1795, la escritora redactó su *Réflexions sur la paix intérieure* ya contempló la posibilidad de estabilizar el régimen postrevolucionario mediante la instauración de un nuevo linaje en el marco de una monarquía moderada. Sin embargo, Madame de Staël, a pesar de su excelente disección de los hechos, fracasó en su prospectiva debido a que su análisis obviaba la emergencia de un fenómeno político y nacional como el cesarismo, poco después encarnado por Bonaparte.

«Pues bien, dirán algunos, cambiad de dinastía; tomad un rey que no tenga ninguna relación con el partido de los emigrados, que lo deba todo a vuestra revolución y que sólo por ella pueda seguir siendo rey.

Este razonamiento es correcto en la época de la Asamblea Constituyente, cuando no había en Francia más que dos partidos

10 EDMUND BURKE: *Reflexiones sobre la revolución francesa*, Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 1978, p. 477.

11 *Ibidem*, pp. 477-478.

y cuando una enorme mayoría pertenecía a la Asamblea. Se repite hoy ese mismo razonamiento porque, ante la penuria de pensamientos, los hombres se sirven de una idea largo tiempo después de que el momento de aplicarla haya pasado; pero para llegar a este cambio doblemente difícil, el retorno a la monarquía y la elección de otra dinastía, es preciso, en una nación como Francia, una facción muy poderosa»¹².

Un elitismo escasamente mitigado, junto a su disimulado apego —aun decreciendo— hacia la Casa de Borbón, eran dos cargas demasiado gravosas para que la baronesa pudiera realizar un estudio objetivo de la situación política francesa. Su fracaso prospectivo indica a las claras la incapacidad para comprender las profundas transformaciones que afectaban a la naturaleza ideológica del país.

«Sin duda, los motivos que decidiesen al cambio de dinastía podrían ser apreciados por los verdaderos pensadores, pero no impresionarían a la masa; y, en este siglo desheredado, cuando ningún hombre es llamado al trono por la admiración pública, aquel destinado a él por su nacimiento sería el que contara con más medios para atraerse a la multitud»¹³.

Una influencia mayor que la ejercida por Stäel fue la aportación de Benjamin Constant, protegido de la baronesa. Entre otras, la teoría del equilibrio entre pasado y futuro, el presente como conciliación de posiciones y tradiciones distintas, fueron contribuciones de Constant que resultaron del agrado imperial. Napoleón comprendió rápidamente la utilidad política de las propuestas del autor helvético. Éste criticaba por igual tanto los excesos de la Revolución cometidos por sus elementos más radicales, como también las tentativas involucionistas de los partidarios del Antiguo Régimen. Los unos pretendían restaurar un pasado ya superado por el progreso de la Historia; los segundos querían la implantación de un futuro ayuno de bases sólidas en la sociedad del momento. Dos casos de anacronismo histórico que afectaban perjudicialmente al pueblo francés en su conjunto. El presente debía ser el territorio de la moderación y la tranquilidad.

12 DE STAËL (Madame): *Escritos políticos*, Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 1993, p. 41.

13 *Ibidem*.

III. LA LEGITIMIDAD DEL PUEBLO

La idea imperial de Napoleón estaba imbuida de un arraigado contenido pragmático. La Coronación, de hecho, vino de su propia mano¹⁴, debido a una visión de la nueva monarquía como un asunto estrictamente temporal, ajeno a las ínfulas legitimistas de los Borbones. Bonaparte se sabe Emperador por la voluntad del pueblo francés¹⁵. De ahí el plebiscito nacional sobre la investidura imperial y el acto institucional que le entronizó. No obstante, incluso en su familia se producen disensiones. Con motivo de la instauración, su hermano Luciano se manifiesta contrario a la misma noción de Imperio,

«le Consulat avec un droit de désignation, comme sous la Rome d'Auguste, soit. La monarchie avec un régime de dévolution proprement dynastique, jamais... «Vous voulez tuer la république, s'écrit Lucien avec violence. Soit, assassinez-la et élevez-vous sur son cadavre, mais écoutez bien ce qu'un de ses fils vous prédit: cet empire que vous ne soutiendrez que par la violence sera un jour abattu par elle»¹⁶.

Lo que el Emperador aportó a la filosofía política europea era una mezcla empírica (casi oportunista) entre la tradición iusnaturalista y el liberalismo

14 Guerrini argumentó de manera inteligente, respecto al supuesto desaire al Sumo Pontífice: «contrariament aussi à une opinion qui a encore cours aujourd'hui, il n'y eut aucune discussion à ce sujet entre l'Empereur et le Pape qui n'avait élevé aucune protestation sur cette procédure dont d'ailleurs il avait été préalablement saisi. Napoléon ne se présentait pas, en effet, dans les mêmes conditions que les rois; héritier et continuateur de la Révolution, il estimait tenir sa couronne de la nation; l'intervention du Pape avait pour lui une signification toute religieuse qui s'exprimait pleinement par le sacre, et le couronnement était, à ses yeux, une question purement temporelle» (MAURICE GUERRINI, *Napoléon devant Dieu. Profil religieux de l'Empereur*, París, J. Peyronnet & Cie, Editeurs, s.f., p. 128).

15 Manfred, invariablemente crítico con el monarquismo de Bonaparte, le espetó cierta inexperiencia política: [Napoleón] «quería proporcionarse una doble garantía: convertirse Emperador por la voluntad del pueblo y por la gracia de Dios. Este hombre inteligente pensaba ingenuamente que esta doble investidura, que parecía en sí incompatible, le daría ciertas ventajas sobre los soberanos que reinaban en otras monarquías» (ALFRED MANFRED, *Napoleón Bonaparte*, Madrid, Ediciones Akal, 1988, p. 344).

16 FRANCOIS PIÉTRI, *Lucien Bonaparte*, París, Librairie Plon, 1939, p. 199. Sibilinamente, Piétri desliza información sobre la entrevista de Saint-Cloud, celebrada el 10 de abril de 1804 entre Napoleón y su hermano Luciano, donde José Bonaparte intenta una aproximación de posiciones entre ambos favoreciendo un acuerdo de compromiso que reintegre a Luciano en el orden hereditario de la nueva dinastía, pero al precio de excluir a su descendencia. En este contexto de enfrentamiento se produjeron las manifestaciones —agresivas, fruto del dolor y la incuria— de un Luciano Bonaparte que se consideraba víctima de un agravio comparativo, además de la ofensa que se hacía a su amada.

conservador, tamizado en su conjunto por un barniz ora racionalista, ora utilitario, perfilándose así una fórmula que pudiera sostener la arquitectura institucional recientemente creada como espacio para la conciliación de diferencias entre distintas corrientes ideológicas que gravitaban sobre la, hasta entonces, convulsionada vida política francesa. Un marco de referencia que dotase de un elemental equilibrio al país político y a la nación, como manifestación primera de la soberanía del pueblo. Una política, por tanto, basada en la utilidad como fuente nutricia de la nueva legitimidad monárquica. El servicio a la sociedad era la piedra angular de este régimen que se declaraba vocacionalmente entregado al interés general. Lo público adquiere una presencia renovada que facilitará el despliegue estatal en la sociedad. En un magnífico estudio de historia intelectual, Antoine Casanova sostiene que el espinosismo desempeñó un poderoso ascendiente en la obra política del Emperador¹⁷. De ahí el encumbramiento del Estado como vértice de lo público, por encima incluso de la religión —ahora circunscrita a un ámbito privado para el ciudadano y conmemorativo entre las instituciones—.

Sin embargo, la vertiente materialista de Bonaparte —obvia, por otra parte— no debe desmerecer la dimensión espiritual que el flamante monarca se esmeró en insuflar al Primer Imperio. El carácter pretendidamente laico de Napoleón no ha de comportar —ni entonces ni ahora— una lectura antirreligiosa de su reinado. Antes al contrario, el Emperador sabía perfectamente que la perduración de su linaje (siendo ésta una verdadera meta de su gobierno, elevada a categoría política casi obsesiva) dependía de su capacidad para superar el pasado sin aparecer como su destructor. Innovación y tradición; he aquí el eje —sinuoso, complicado— sobre el que se asentaba un edificio institucional concebido como el impulso decisivo en la modernización política de Francia. La idea imperial emergía, pues, como una síntesis profundamente creadora entre la Historia y el porvenir. Un lugar de reunión para las ideas —y las personas— que se habían disputado el poder hasta entonces (la política), pero que ahora debían darse en incondicional entrega a la nación. La defensa de un definido bien común (la patria), que rebasaba así los egoísmos partidistas y de los narcisismos elitistas.

Además de sus cualidades personales, de su carismática personalidad, de su capacidad de liderazgo¹⁸, de su talento primigenio para la dirección de

17 ANTOINE CASANOVA, *Napoléon et la pensée de son temps. Une histoire intellectuelle singulière*, Paris, Boutique de l'histoire, 2001; del mismo autor, «Le materialisme de Napoléon Bonaparte», *La Pensée*, número 317, 1999, pp. 119-136.

18 Un espléndido estudio psicológico de la personalidad de Napoleón podemos hallarlo en la obra de Freud. De manera señalada, un borrador de carta a Thomas Mann contiene reveladoras apreciaciones psicoanalíticas sobre el Emperador y su mundo interior. Un hombre provocadoramente inmaduro, patológicamente necesitado de un constante reconocimiento público y, en

asuntos dispares, Napoleón también contribuyó a la redefinición del papel de un gobierno «clairé», a un tiempo reformista y autoritario¹⁹. El flamante Emperador era continuador —un heredero, por mal que le pesara— del despotismo ilustrado²⁰. La doctrina napoleónica aglutinaba distintas ideas en materia económica, legal, política y social, pero también abarcaba ámbitos de la moral, la estética y lo trascendente. Sin embargo, un elemento común a todas ellas era la presencia del racionalismo como fuente primera —y objetivo último— de su pensamiento. Ya Sir Isaiah Berlin atisbó prematuramente la distinción entre el «Cogito ergo sum» imperial frente a la reacción nacionalista del «Volo ergo sum»²¹.

IV. EL RENACIMIENTO DE LA POTENCIA

La regeneración económica del país fue para Napoleón condición indispensable para el renacimiento general del poder francés en Europa. Bases sólidas (en especial, la agricultura y las manufacturas, seguidas de los demás sectores productivos de la economía nacional) para impulsar la reconstrucción integral de una nación hasta entonces confusa y desanimada. Napoleón,

particular, de la aprobación de su familia. Bonaparte emerge como una figura contradictoria, decisivamente escorada al campo de lo negativo; Freud nunca mitigó sus críticas a la obra desvertebradora, profundamente perturbadora, emprendida por el genial corso. Un personaje de la Historia, pero dependiendo de sus emociones en grado sumo. Hermanos, madre, esposa. «Y entonces repudia a Josefina. Con ello comienza el eclipse. En adelante el gran destructor se dedicará únicamente a su autodestrucción» (SIGMUND FREUD, *Obras Completas*, Barcelona, RBA, 2006, tomo V, p. 3337). El temperamento irascible y autoritario de Napoleón era para Freud más resultado de un cisma psicológico, que de una voluntad política deliberada. Asimismo, también Jung abonó el mito oscuro de un Napoleón autodestructivo: «gradualmente l'uomo si trasforma in un Uroboros, il serpente che si mangia la coda, che divora se stesso, fin dall'antichità simbolo dell'uomo posseduto da un demone. Napoleone fu il primo esempio compiuto di questa specie» (CARL G. JUNG: *Jung parla. Interviste e incontri*, Milán, Adelphi edizioni, 1999, p. 203). El propio JEAN TULARD realizó una revisión del mito oscuro del Emperador en *L'Anti-Napoléon. La Légende noire de l'Empereur*, Paris, Archives, 1965. Véanse también del mismo J. TULARD, *Le Mythe de Napoléon*, Paris, Armand Colin, 1971; de N. PETITTEAU, *Napoléon. De la mythologie à l'histoire*, Paris, Seuil, 1999; de J. LUCAS-DUBRETON, *Le culte de Napoléon, 1815-1848*, Paris, Albin Michel, 1960; y de J. O. BOUDON, «Grand homme ou demi-dieu? La mise en place d'une religion napoléonienne», *Romantisme*, número 100 (1998-2), pp. 131-141.

19 Aun admitiendo el carácter despótico del gobierno napoleónico, el mismo Guizot reconoció que el Emperador proporcionó a Francia de dos grandes logros: «en el interior, el orden civil sólidamente constituido; cara al exterior, la independencia nacional fuertemente establecida por medio de la gloria» (FRANÇOIS GUIZOT, *De la democracia en Francia*, Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 1981, p. 106).

20 Sobre el despotismo ilustrado y su influencia en España, véase LUIS SÁNCHEZ AGESTA, *El pensamiento político del despotismo ilustrado*, Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1953.

21 ISAIAH BERLIN, *Las raíces del romanticismo*, Madrid, Taurus, 2000, pp. 131-134.

influido por el fisiocratismo, creía que la agricultura era la base de la riqueza de un país, además de una fuente de equilibrio social. Una nación de pequeños propietarios como primer paso hacia un sistema mesocrático, donde el mérito y la capacidad sustituyan —de manera efectiva e irreversible— al privilegio y la desigualdad del Antiguo Régimen, evitándose también los abusos y la brutalidad practicada desde las masas proletarizadas —mayormente urbanas— del Terror.

La búsqueda de la estabilidad definitiva para Francia basaba su operatividad en la configuración de un país de clases medias, donde lo rural también debería contribuir a la paz social²². En la teoría política de Napoleón, el arraigo a la tierra era algo más poderoso que la simple recuperación del paraíso perdido. La agricultura y, en particular, la naturaleza domeñada por el hombre, le aparecían como una metáfora del universo embravecido e irracional que a él correspondía incorporar a un proceso civilizatorio. El Emperador era un gobernante de su tiempo, y consideraba indispensable la generación de un idealismo que pudiese galvanizar tras de sí a la nación y a Europa. De las limitaciones que —a sus ojos— tenían las figuras históricas da idea, además de su laconismo analítico sobre Machiavelli, su valoración crítica sobre algunas acciones de Julio César.

«No puede menos de abominarse la conducta observada por César con el Senado de Vannes. Estos pueblos no se habían sublevado; habían entregado rehenes; habían hecho promesa de mantenerse al margen de toda contienda; pero estaban en posesión de su libertad y de todos sus derechos. Habían dado, ciertamente, motivos a César para hacerles la guerra, pero no para violar el derecho de gentes ni para abusar de la victoria de manera tan atroz. Esta conducta no era justa y menos aún política, porque tales medios nunca conducen a nada práctico y sólo se consigue con ellos exasperar y sublevar a los pueblos. El castigo de algunos jefes es todo lo que autorizan la política y la justicia; el buen trato a los prisioneros es una de las reglas importantes que se deben observar»²³.

22 Junto a la incuestionable modernización administrativa y política que aportó la nueva estructura jurídica del régimen, éste —como espléndidamente ha descrito Criscuolo— tenía su base en «la propiedad de la tierra, concebida como garantía de orden y de estabilidad, auténtico baluarte contra las aspiraciones de las clases populares y, a la vez, requisito esencial para obtener cargos públicos y prestigio en la vida social» (VITTORIO CRISCUOLO: *Napoleón*, Madrid, Alianza Editorial, 2000, p. 131).

23 JULIO CÉSAR, *La guerra de las Galias*, Barcelona, Ediciones Orbis, 1986, p. 66.

Resultaba necesario, por tanto, disponer de fundamentos sólidos que garantizaran la estabilidad —y perduración— del Imperio. Y la moral (sin adjetivos minimalistas, ni epítetos desnaturalizadores) era un criterio básico para la consolidación de la nueva monarquía napoleónica. Bonaparte lo sabe, y actúa en consecuencia. Según su criterio, el maquiavelismo era una doctrina insuficiente para lograr este objetivo, *su fin último*. *El Príncipe* podía comportar una lectura demasiado abierta a la interpretación e igualmente turbadora en su aplicación. A pesar del persistente lugar común al respecto —alimentado con inteligencia política por el propio Emperador—, la influencia de Machiavelli en el pensamiento napoleónico fue más instrumental que finalista; en este sentido, conviene subrayar que tal presencia intelectual tuvo aplicación como metodología para la conquista del poder, y no tanto en aras a su conservación²⁴. Su análisis de *El Príncipe* —que Bonaparte ejecuta casi militarmente— carece de la adecuada profundidad, además de resultar manifiesto el apresuramiento de sus comentarios. La ambición de Napoleón le impulsa a formular escuetas digresiones que traslucen —de manera prácticamente infantil— su tentativa por homologarse al rango de estadista²⁵; el príncipe de la política²⁶.

Aun cuando un historiador brillante como Jean Tulard haya concedido relevancia a la influencia maquiavélica sobre la filosofía política del régimen imperial, resulta demostrado que el pensamiento impulsado por Bonaparte requirió de una conciliación integradora de componentes diversos; y los nutrientes no materialistas fueron predominantes sobre, por ejemplo, los puramente maquiavélicos. Napoleón podía presentarse como el único gobernante capaz —y dispuesto— de mantener la coexistencia en un conjunto inevitablemente fluctuante. La monarquía hereditaria que Bonaparte pretende implantar basaba su arraigo en un nuevo pacto social. Napoleón aprendió que el sustento de su Imperio debía arraigarse en el establecimiento de vínculos directos con el pueblo; y a ello debía procederse de manera más urgente que bajo el mismo Consulado. Al prescindir de intermediarios —la corte imperial

24 «Un príncipe sabio debe alimentar con astucia algún conflicto cuando se le presente la ocasión, para que, tras aplastarlo, su grandeza se vea aumentada» (NICOLÁS MAQUIAVELO, *El Príncipe*, Madrid, Editorial Espasa-Calpe, 1991, p. 137). A este comentario de Maquiavelo, Napoleón apostilla que aquél «debe estar contento del provecho que saqué de este consejo», (*Op. cit.*, p. 188).

25 STEVEN ENGLUND afirma la valía del Emperador y la originalidad de su obra política en *Napoleon: A Political Life*, Nueva York, Scribner, 2004.

26 «El que es elegido príncipe con el favor popular debe conservar el pueblo como amigo, cosa que le resultará fácil, puesto que éste no pide teniendo al pueblo en contra, es hecho príncipe con el favor de los poderosos, tiene que intentar ganarse al pueblo antes que nada, cosa que le resultará fácil en cuanto se gane su protección» (NICOLÁS MAQUIAVELO, *Op. cit.*, p. 79). Al análisis maquiavélico, afirma un voluntarista Napoleón: «*Procuraré hacerlo creer*», *Op. cit.*, pág. 176.

nunca significará una suplantación del protagonismo central de Napoleón I en el sistema político—, el Emperador implementó sus propios conectores con el cuerpo ciudadano, al que simbólicamente representa²⁷. Así, el Emperador emergía como encarnación prometeica del Salvador de la Patria. Una figura de carácter totémico e innata propensión hacia lo mítico que logra insuflar de una nueva visibilidad al poder público en Francia. El héroe entregado a una noble causa, cuya vida constituye un permanente e incondicional acto de sacrificio a favor de la nación a la que sirve. Abnegación y esfuerzo. El primer funcionario del país que, vigilante, guarda el sueño reparador de sus conciudadanos. El Emperador creó una metáfora militar de resabios místicos, al representarse a sí mismo como un soldado del buen gobierno, siempre de guardia para proteger a sus leales franceses de cualquier atropello o abuso.

V. LA MONARQUÍA REPUBLICANA

El régimen imperial adoptó —y reformuló— elementos procedentes de la tradición de gobierno «éclairée» tales como el contractualismo, el racionalismo, el utilitarismo, o el individualismo. Sin embargo, Bonaparte prefirió —a manera de contrapeso ideológico— apoyarse también en un iusnaturalismo atemperado por la lógica; componentes clásicos y conocidos, pero ahora expuestos en una singular mixtura, que lacrasen la vinculación de su dinastía a Dios y a la nación, garantizando así la presencia —y permanencia— de un Imperio emergente como obra política y jurídica²⁸. La nueva monarquía paneuropea (donde los reinos eran piezas autónomas, no independientes, de un fabuloso mecano llamado Imperio) debía cimentarse sobre robustas bases morales que conjurasen, de raíz, la sedición contra el poder constituido. *El genio del Cristianismo*, publicado en 1802, convirtió a Chateaubriand en un ideólogo quasi oficial del Consulado²⁹. La obra pretendía la «restauración

27 Una obra ilustrativa sobre los hechos imperiales es JEAN TULARD, *Figures d'Empire*, París, Éditions Fayard, 2005.

28 ROBERT B. ASPREY, *The Reign of Napoleon Bonaparte*, Nueva York, Basic Books, 2002.

29 No obstante, *Génie du Christianisme* tuvo una vocación política más premeditada y directa de lo que pueda presuponerse en una materia formalmente espiritual. El choque entre ambas figuras se produjo con ocasión de la prohibición del discurso de entrada en el Institut que Chateaubriand debía presentar en sustitución de su antecesor, M. Chénier. La polémica vino al conocerse que el aristócrata, contra la costumbre literaria, arremetía contra Chénier, acusándole de regicida, al tiempo que defendía la causa y la figura del difunto rey Luis XVI. Bonaparte consideraba acertada su decisión de prohibir este discurso en base a un principio político de seguridad: «Analyser en public, mettre en question, discuter des faits aussi récents, dans les circonstances où nous nous trouvons, c'est être l'ennemi du repos public. La restauration de la monarchie est et doit demeurer une mystère» (EMMANUEL DE LAS CASES, *Mémorial de Sainte-Hélène*, París, Éditions du Seuil, 1999, tomo 1, p. 767).

religiosa del gobierno»³⁰, que no la instauración de un gobierno religioso. El erudito —monárquico, creyente y tradicionalista— estaba claramente influido por el pensamiento católico europeo y, de manera señalada, por los autores españoles vinculados a las cosas de Europa. La obra de Saavedra Fajardo no le era desconocida, así como otros clásicos hispánicos³¹. Existe, además, una nítida conexión intelectual de *El genio del Cristianismo* con el Werther de Goethe. La fe en la vida eterna, la plena confianza en el Todopoderoso, no es óbice para la percepción de cierto fatalismo en Chateaubriand, un conservador que —por mor de la coherencia debida a sus proclamadas creencias— nunca perdonó al Emperador la ejecución del duque de Enghien³².

La idea del pecado y de la penitencia, la presencia de la conciencia —su correlato en el remordimiento—, la idea cíclica sobre el poder, eran elementos consustanciales —compartidos— por Chateaubriand y sus antecesores católicos. La religión es el primer nutriente de nuestra propia percepción de responsabilidad y, por tanto, de libertad³³. Resulta imposible, sostiene el escritor francés, la legitimidad de ejercicio en un gobierno que haya incurrido en actividades ilícitas; ningún interés material puede justificar la ofensa a Dios. El poder requiere de la moralidad como seguro indispensable. Sin embargo, también existían diferencias claras respecto a la tradición católica española. Quizás el uso conferido a la Historia, y la actividad del hombre en la misma, sea un aspecto particularmente específico que separa el camino de Chateaubriand³⁴. Por lo demás, el autor de *El genio del Cristianismo* se manifestó

30 JEAN TULARD, *Napoléon ou le mythe du saviour*, París, Fayard, 2005, pág. 282.

31 Chateaubriand, como Saavedra y Quevedo, como los pensadores del catolicismo español en el Siglo de Oro, consideraba que la Providencia disponía sobre nosotros según la calificación ética de nuestros actos. De esta manera, definió la impiedad como la «ausencia de las virtudes morales, considerada razón inmediata de las calamidades de los pueblos» (RENÉ CHATEAUBRIAND, *El genio del Cristianismo*, Barcelona, Editorial Ramón Sopena, 1977, p. 328).

32 Con seguridad, la ejecución del duque estuvo entre los mayores errores humanos y políticos del Emperador, aun cuando éste renegase de la misma con posterioridad. Sin embargo, tengamos presente que —en su momento— el régimen justificó el secuestro, encarcelamiento y muerte del joven aristócrata como parte de la lucha contra la sedición y para garantizar la paz del país. Sobre la oposición a Bonaparte, véase G. MINART, *Les opposants à Napoléon, 1800-1815*, Toulouse, Privat, 2003.

33 «Plus profondément encore, Chateaubriand trouve dans la religion de quoi étancher cette soif d'infini qui tourmente René. Elles est ce qui transporte ailleurs, «dans les espaces d'une autre vie». Ses mystères, son encens, nous dilatent le coeur. Comme la musique des cloches, ils sont une source inépuisable de rêveries, qui régénère une âme asséchée par la philosophie rationaliste du siècle précédent» (CLAUDE-ANDRÉ TABART, *De «René» aux «Memoires d'outre-tombe»*. Chateaubriand, París, Hatier, 1984, p. 24).

34 Para Barbéris existe una contradicción insalvable en el pensamiento de Chateaubriand. «Contre l'ambition individualiste, avec ses cautions perfectibilistes, l'Histoire doit être stabilisée et fermée; mais aussi, contre les illusions de réussite et les solutions de type bourgeois, fait appel une déchirure aux conséquences aussi imprévisibles que limitées. Déchirure et clôture: le

resueltamente como un católico sin aristas, sin vacilaciones, aun con algunos resabios.

La sumisión al pecado comportaría castigos igualmente contundentes. Así, Chateaubriand estableció una nítida jerarquía de los siete «vicios capitales», siendo el primero la soberbia, el más grave, y luego, la envidia, la lujuria, la avaricia y la ira, que, al ser carencias morales particularmente sentidas, se «ejercen sobre personas extrañas, y no viven sino entre los hombres»³⁵; en el último peldaño de su clasificación aparecen la gula y la pereza que, aunque calificadas de solitarias y vergonzosas, se limitan a «buscar en sí mismas sus propias fruiciones»³⁶. Respecto a la prelación establecida por la Iglesia sobre los vicios capitales, el autor la pondera favorablemente: semejante jerarquía obedece a que la religión «pasa con sumo acierto de los crímenes que atacan a la sociedad en general, a los delitos que sólo recaen sobre el culpable»³⁷.

A pesar de su posterior desencuentro con Napoleón³⁸, Chateaubriand fue un inteligente postulador del Imperio como superación de crisis y conflictos³⁹. Bonaparte también pretendía crear un sistema de gobierno que solucionase el conflicto entre lo terrenal y lo espiritual. Un ámbito donde la libertad de conciencia fuese una realidad efectiva para sus súbditos. En este contexto, la

couple fonctionne vraiment, dès lors que l'on perçoit qu'il fonctionne contre le fini de l'ambition marchande et contre ses satisfactions. Mais aussi, contre une nouvelle ouverture révolutionnaire possible et dangereuse (à la fois pour le moi et pour l'aristocratie), contre un néo-prométhéisme éventuel au programme précis, peut faire argument l'objection cyclique que l'on voit ici renaître et qui prouve bien que Chateaubriand ne raisonne toujours pas dans le cadre de l'expansion et du mouvement, mais dans le cadre de l'état et de l'espace: le progrès, la perfectibilité son aujourd'hui des essences justificatives de nouvelles situations de force et, contre elles, proteste ce sens intime d'être encore, ou plutôt à nouveau (c'est tout le romantisme), dans un état, dans un espace occupés de fait mais non en droit» (PIERRE BARBÉRIS: *Chateaubriand. Une réaction au monde moderne*, París, Librairie Larousse, 1976, p. 142).

35 RENÉ DE CHATEAUBRIAND, *El genio del Cristianismo*, p. 50.

36 Ibidem.

37 Ibidem.

38 La antipatía posterior entre el Emperador y Chateaubriand surge de varios desencuentros que, según el propio Bonaparte, obedecen a la ambición del intelectual. De hecho, en el *Memorial*, el exiliado en Santa Elena acusa a Chateaubriand de oportunista, en tanto ejecuta un giro copernicano en visión política sobre la religión, pasando de la crítica a la entrega, tras considerar que ésta última sería la opción mejor aceptada por la opinión pública. EMMANUEL DE LAS CASES, *Mémorial de Sainte-Hélène*, París, Éditions du Seuil, 1999, tomo I, pp. 764-765. Véase de BERNARD CHEVALIER y THIERRY LENTZ, *Sainte-Hélène, île de mémoire*, París, Editions Fayard, 2005.

39 [Napoleón]: «il marie en lui l'ancien et le nouveau, il réconcilie la tradition et l'espérance, la royauté et la révolution; il fait enfin résonner spatialement cet accord à travers l'immensité d'une Europe conquise. Tous les besoins imaginaires de Chateaubriand — fidélité et éclat, enracinement et expansion, retentissement, grandeur et même inanité (car Napoléon fait bien le vide autour de lui) — semblaient donc devoir être comblés par l'aventure napoléonienne» (JEAN-PIERRE RICHARD, *Paysage de Chateaubriand*, París, Éditions du Seuil, 1967, p. 156).

conciliación con la Iglesia —la más importante institución religiosa de Europa— era una necesidad política, además de una voluntad personal del Emperador; éste comprendió «qu'il ne pouvait réaliser pleinement ses destinées impériales qu'en accord avec le Saint-Siège»⁴⁰.

La tranquilidad pública, y la intrínseca estabilidad de su régimen, exigían la normalización de relaciones con la Iglesia Católica. La religión podía ejercer una función de manto protector, que amparase, no molestase, al poder civil. Algo más allá de un simple revestimiento institucional pero sin alcanzar la médula ósea del sistema político que, formalmente, mantenía espacios dedicados al laicismo.

VI. EL PATRIOTISMO COMO MAGISTRATURA

Napoleón es Francia; Francia es Napoleón. La fusión de conceptos y figuras emergió como verdadero talismán de atracción política y socialización ideológica. «Todo lo que puede contribuir al bien de la patria está ligado esencialmente a mi felicidad»⁴¹. Cualquier ataque al Emperador lo era también a la misma idea de patria, y al legado de la Revolución⁴². Esta línea se reforzó, todavía más, conforme Bonaparte desarrolló su propia mítica del poder.

«Franceses: mi voluntad es la del pueblo, mis derechos son los suyos; mi honor, mi gloria, mi felicidad, sólo pueden ser el honor, la gloria y la felicidad de Francia»⁴³.

El mantenimiento de su gobierno personal y el éxito del tránsito a la monarquía desde el régimen consular, exigían, como bien comprendió Napoleón, una conciliación no sólo con la religión, sino también con las costumbres y la realidad social. Asimismo, el sostenimiento del Imperio, auténtico objetivo político de Bonaparte, también requería dotar a su obra política de un ideario propio y atrayente, donde la moralidad pública ejerciera de elemento cohesivo. De ahí, nuevamente, la importancia de la espiritualidad para serenar el ánimo de los franceses. La obra de Chateaubriand, y su estatus de clase, le eran particularmente útiles al Emperador, que no dudó en aprovecharlas.

40 MAURICE GUERRINI, *Napoléon devant Dieu. Profil religieux de l'Empereur*, París, J. Peyronnet & Cie, Editeurs, s.f., pág. 138.

41 ANDRÉ MALRAUX, *Vida de Napoleón. Contada por él mismo*, Barcelona, Edhasa, 1993, pág. 126.

42 D. MORNET, *Los orígenes intelectuales de la Revolución Francesa*, Buenos Aires, Paidós, 1969.

43 ANDRÉ MALRAUX, *Op.cit.*, pág. 308.

«El cristianismo es particularmente admirable por haber convertido al hombre físico en hombre moral. Todos los grandes principios de Roma y de Grecia, la igualdad y la libertad, se encuentran en nuestra religión, pero aplicados al alma y al talento, y considerados bajo relaciones sublimes»⁴⁴.

El Imperio napoleónico se legitimaba también en las instituciones romanas (el «imperium» de Augusto) y, en otra extensión, carolingias. En el imaginario napoleónico, las raíces procedentes de los Habsburgo o del Sacro Imperio Romano Germánico eran secundarias respecto de las provenientes de Roma. Italia constituyó siempre un tema importante en el pensamiento político del Emperador. Anhelante de la gloria acrisolada por los pliegos de la Historia, Napoleón entendía que Roma era capital del mundo civilizado, cuna de la cultura y crisol de los pueblos de Europa. Su gusto hacia el pasado clásico trascendía la pasión por la lectura⁴⁵, para adentrarse directamente en el empirismo político. Las gestas romanas enseñaban a su ambicioso discípulo el camino que debe recorrerse para lograr el cenit; un equilibrio que habría de marcar el «limes» entre lo razonable y lo posible. Poder y gloria; lo uno sin lo otro carece de sentido. Y Napoleón lo comprendió⁴⁶. Como expresa el Escipión ciceroniano,

44 F.R. DE CHATEAUBRIAND, *El genio del Cristianismo*, pp. 519-520.

45 Al objeto de evaluar realmente los pensadores y autores que estimaba como relevantes, es preciso adentrarse en la propia biblioteca personal del Emperador, donde también se conservan obras anotadas de su mano. Como obras generales de referencia pueden cotejarse de ADVIELLE su *La bibliothèque de Napoléon à Sainte-Hélène* (1894) y, desde luego, una fuente igualmente segura son las de ANTOINE BARBIER, Bibliotecario Imperial, quien por encargo de Napoleón I realizó los catálogos de una *Bibliothèque portative* (1808), y de otra *Bibliothèque historique de 3,000 volumes* (1809); también realizó el *Catalogue des livres de la Bibliothèque du Conseil d'Etat* (1803), entre otras. Una bibliografía clásica de la historiografía del siglo XIX sobre este periodo es PIERRE CARON, *Bibliographie du Consulat et de l'Empire*, París, 1907. De las fuentes citadas y otras que, por razones de espacio, resulta imposible enumerar aquí, se demuestra claramente que Napoleón leyó ampliamente obras españolas, más en catalán que en castellano (idioma este último que le resultaba más difícil). Entre sus autores mejor conocidos, además de los ya mencionados, figuran Gracián, Hurtado de Mendoza, Cervantes, Quevedo o el padre Mariana, junto a Muntaner o Tomich. La lista es larga, pero el hecho probado es que Napoleón era un buen conocedor del pensamiento y la literatura de España (y en dos de sus idiomas).

46 «Las manifestaciones imperiales de la gloria militar y la grandeza civil fueron las más dominantes, y fue su recuerdo evocador y normalmente distorsionado lo que dio a la leyenda napoleónica su mayor atractivo carismático después de 1815. Napoleón y su séquito convirtieron la ética heroica personalizada en un sistema auténtico, uno que podía ser compartido por todos los súbditos que desearan abrazarlo» (GEOFFREY ELLIS: *Napoleón Bonaparte*, Barcelona, Ediciones Folio, 2004, p. 193).

«De este libertinaje, que ellos consideran como la única libertad posible, surge como de la misma raíz, y diríamos que nace, el tirano. Porque, del mismo modo que del poder excesivo de los gobernantes nace su ruina, así también la misma libertad somete a servidumbre a tal pueblo excesivamente libre»⁴⁷.

El ejercicio del gobierno sin más, puede mantenerse durante un tiempo, pero acabará agostando cualquier posibilidad de trascendencia política. He aquí otra finalidad típica del ideario napoleónico: la creación de un sistema social, impulsado por la dignidad imperial, legitimado por la voluntad nacional, que sea reflejo en la Tierra de la beldad celestial. En puridad, Napoleón pretende implantar el Reino de Dios entre los ciudadanos todavía conmocionados por la espiral de violencia y tragedia que arrastran los últimos rescoldos de la Revolución. De ahí la importancia que Bonaparte concede a lo trascendente en el interior de su régimen; la prueba objetiva, y definitiva, de que el suyo es el gobierno que verdaderamente curase las heridas de Francia y de toda Europa. La visión napoleónica va más allá de lo político. El Emperador consideraba indispensable que el servicio público —como emanación de la idea nacional— estuviese conferido de un halo mágico, de una orla espiritual que acogiese y legitimase las acciones del poder. De alguna manera, su régimen avanzó hacia la configuración de una nueva teología política, donde la yuxtaposición de elementos —a veces más concomitantes que complementarios— comportaba un estado de permanente tensión creativa entre los pilares doctrinales e ideológicos que sostenían el edificio institucional.

Bonaparte aplicaba su maestría sobre la psicología popular para dar el paso decisivo —y, en su pensamiento político, irreversible— hacia el régimen hereditario, constituyendo a su familia como nuevo linaje imperial⁴⁸. «Los franceses aman la monarquía, es el único gobierno que les gusta»⁴⁹. De alguna manera, una vez más, el político se imponía al dogmático, haciendo ganar decisivamente la partida al pragmático sobre el ideólogo. Napoleón se adaptó a la monarquía pues ésta era una fuente de legitimidad —y de popularidad— ante la opinión del pueblo.

El Emperador, a raíz de su etapa como Primer Cónsul, ya tenía perfiladas las causas de los males que aquejaban a Francia, así como los remedios a

47 CICERÓN, *Tratados*. Barcelona, Círculo de Lectores, 1998, p. 66.

48 Al mismo tiempo, conviene tener presentes las observaciones contenidas en LOUIS BONAPARTE, *Histoire du parlement anglais, depuis son origine en l'an 1234, jusqu'en l'an VII de la République française, suivie de la grande chartre; avec des notes autographes de Napoléon*, Paris, Baudouin Frères, 1820.

49 ANDRÉ MALRAUX, *Vida de Napoleón. Contada por él mismo*, Barcelona, Edhasa, 1993, p. 126.

emplear. Aun con las pertinentes reservas, resulta necesario indicar el carácter eminentemente técnico de las medidas de gobierno aplicadas por Napoleón; demostración clara de su convencimiento personal de que la ideología extrema (a la izquierda o la derecha) había traído los excesos revolucionarios y la tragedia inmensa que atenazaba la vida nacional desde hacía ya demasiado tiempo. Entonces, ¿por qué continuó Napoleón la guerra? Primero, conviene recordar que desde su ejercicio de poder efectivo, Bonaparte intentó lograr el acercamiento pacificador con algunos contendientes (Inglaterra, en particular), cuyo resultado tuvo desigual resultado⁵⁰. También es un hecho que los períodos de paz tan costosamente erigidos cayeron devorados en el altar de la ambición de gobernantes y dinastías de toda Europa⁵¹. Si bien es cierto que Napoleón hizo la guerra a demasiados, también es verdad que sufrió la permanente animadversión de reyes y príncipes, nobles y legatarios, cuyas traiciones y conspiraciones no se detuvieron ni siquiera en su condición de aliados imperiales. Napoleón I era visto como un advenedizo, un usurpador al Trono y, por supuesto, como un peligro sin paliativos para la misma idea monárquica. Además del temor creciente a que la consolidación de su gobierno regeneracionista pudiera situar a Francia como la primera potencia del continente. Que una personalidad política tan definida como la de Metternich se convirtiese, ya abiertamente desde 1809, en enemigo irreconciliable de Napoleón obedecía, según Bérenger, a que el estadista austriaco — «que no era antifrancés» —, consideraba al Emperador como «la encarnación del ideal revolucionario y la amenaza constante del equilibrio europeo»⁵². La Europa de los oropeles y las carrozas, de la aristocracia insolidaria y de la herencia por encima del mérito, se aprestó a derrotar al hijo pródigo de la Revolución⁵³; ese estado de injusticias — por parte del Antiguo Régimen — y la grave inestabilidad revolucionaria a posteriori, fueron las causas primeras del éxito de Napoleón, dentro y fuera de Francia.

La figura totémica del Emperador aparecía como un liberador de las cargas del feudalismo y del oscurantismo supersticioso; el hombre enviado por

50 En ocasiones, las aproximaciones de Napoleón fueron despachadas desde la Corte de Saint James con una abierta grosería, como recién instaurado en el Trono, el Emperador de los Franceses se dirige a su «hermano» el rey de Inglaterra para formular un deseo intenso de paz entre los dos países. La respuesta del Gobierno británico fue expedir a París el acuse de recibo de la carta remitida por el «ciudadano Bonaparte».

51 También los historiadores militares han reconocido la vertiente política del Emperador, véanse de ALESSANDRO BARBERO, *Waterloo*, París, Flammarion, 2005; asimismo de Pierre MIQUEL, *Austerlitz*, París, Albin Michel, 2005.

52 JEAN BÉRENGER, *El Imperio de los Habsburgo, 1273-1918*, Barcelona, Crítica, 1993, p. 467.

53 Sobre la Restauración, véase el excelente estudio de G. BERTIER DE SAUVIGNY, *La restauración*, Madrid, Pegaso, 1980.

Dios para romper las cadenas de su pueblo esclavizado. Mano despótica y cabeza ilustrada contra los partidarios de los temibles enemigos de la libertad. Polacos, italianos, y tantos otros europeos, reverenciaban a Bonaparte como su propio líder natural. Y, al menos en parte, así era. La guerra contra la Revolución y, luego, contra Napoleón, constituyeron sendos —y consecutivos— actos de obcecación dinástica, para unos, y de lucha por la primacía, para otros, impulsados desde las más poderosas monarquías europeas.

VII. CONCLUSIÓN: PAX NAPOLEÓNICA

La estabilización de Francia iniciada ya por Napoleón desde el Consulado comportaba la convivencia de valores distintos y, forzosamente incluso, la colaboración entre tradiciones ideológicas enfrentadas. Seguridad jurídica para las personas y sus propiedades, acuerdo con la Iglesia, pacificación interior, conservación de los principios revolucionarios de igualdad, fraternidad y libertad, principio de utilidad monárquica, etc. No obstante semejante diversidad de piezas a conjugar para construir el nuevo edificio institucional, sostiene Bergeron, la búsqueda de equilibrio sobre disposiciones tan disímiles se realizó «no ciertamente apelando a la idea de «justo medio» o de «política de báscula», sino trazando una raya, volviendo la página. La historia de Francia vuelve a comenzar en 1800»⁵⁴. La Revolución no generó un proceso inevitablemente amoral, falta de cualquier filiación ética, sino que constituyó un fenómeno singular, en verdad único, creador de un nuevo sistema de valores.

«Dios no está muerto del todo para los jacobinos, como tampoco para los hombres del romanticismo. Todavía conservan el Ser supremo. La Razón, en cierto modo, es aún mediadora. Supone un orden preexistente. Pero Dios está al menos desencarnado y reducido a la existencia teórica de un principio moral. La burguesía no reinó durante todo el siglo XIX sino remitiéndose a aquellos principios abstractos»⁵⁵.

Napoleón creó una monarquía republicana desde el principio. De hecho, en su origen, se trataba de una república coronada, denominación más exacta y acorde con los hechos. Los historiadores críticos acusan a Bonaparte incluso

54 LOUIS BERGERON, «Francia y Europa napoleónicas», en LOUIS BERGERON, FRANCOIS FURET y REINHART KOSELLECK, *La época de las revoluciones europeas, 1780-1848*, Madrid, Siglo Veintiuno de España Editores, 1985, p. 122.

55 ALBERT CAMUS, *El hombre rebelde*, Barcelona, Círculo de Lectores, 2000, p. 198.

de la desvirtuación de los contenidos republicanos, en particular la modificación de un principio básico, a saber:

«Que el poder y la autoridad, tanto en la administración como en el ejército, no deberían concentrarse en un solo hombre. El Imperio napoleónico se parecía más a la Monarquía Absoluta bajo otro título. La soberanía una vez más se identificaba con una persona, tras su asociación selectiva a «la nación» o al «pueblo» en diferentes momentos durante la Revolución»⁵⁶.

Sin embargo, el sincretismo imperial pretendía justamente la conservación de las conquistas revolucionarias, al tiempo que la reconciliación con el resto de Europa y Francia consigo misma. Desde la moderación, Jesús Pabón realizó un sugerente análisis del sistema napoleónico. El vínculo entre Emperador y República es para el eximio historiador sevillano una «contradicción», pero que, por ello mismo, en la misma se condensa «todo el secreto del Imperio».

«Una situación política intermedia puede ser un medio excelente; y se equivocan los que la condenan. Como se equivocan los que tratan de convertirla en una situación definitiva. El equilibrio de fuerzas opuestas del Consulado es posible, y acaso acabe en el Imperio. El equilibrio hecho Imperio acabará en la catástrofe»⁵⁷.

Político pragmático por naturaleza y convicción, Bonaparte consideraba también relevante el contenido efectivo del nuevo régimen. Napoleón buscó vías alternativas de legitimación del Imperio diferentes al principio monárquico, sobre el que de manera tan reciente —y aun precaria— se asentaba su linaje. La apelación al pueblo⁵⁸ y la inspiración en la Historia adquirieron dimensión mayestática en el discurso imperial, además de constituirse en fuentes de legalidad fáctica para el sistema napoleónico. De esta manera, tanto la antigua Roma como el Imperio Carolingio sirvieron de oportunas causas primigenias que dotaban de prestigio al flamante Imperio francés... y obviaban una enojosa sucesión borbónica. Aunque en lo emocional —que no siempre en materia política—, Napoleón siempre estuvo más cerca de héroes mitificados y forjadores de imperios como Julio César o Alejandro Magno, nunca descuidó la institucionalidad de su régimen⁵⁹, de tal manera que el fla-

56 GEOFFREY ELLIS, *Napoleón Bonaparte*, Barcelona, Ediciones Folio, 2004, p. 67.

57 JESÚS PABÓN Y SUÁREZ DE URBINA, *Las ideas y el sistema napoleónicos*, Pamplona, Urgoiti Editores, 2003, p. 34.

58 B. MÉNAGER, *Les Napoléon du peuple*, Paris, Aubier, Collection Historique, 1988.

59 Véase de BLANC su *Napoléon Ier et ses institutions* (París, 1880).

mante sistema imperial debía constituir un paso decisivo —e irreversible— en la modernización política de Francia, así como la eliminación definitiva de un pasado turbulento y el asentamiento de un porvenir seguro. De alguna manera, el Primer Imperio pretendía aunar lo mejor entre distintas tradiciones y culturas políticas; una síntesis típicamente hegeliana. La monarquía napoleónica no debía aparecer como un mero recambio de la anterior; Francia y, con ella Europa, entraba en una nueva etapa de la Historia.

El Imperio era un régimen nacido con vocación renovadora e inspiradora. De ahí que Napoleón I fuese proclamado «Emperador de la República francesa» mediante el Senado-consulta de 28 de floreal del año XII (18 de mayo de 1804), donde expresamente se reconocía que «el Gobierno de la República es confiado a un emperador, que asume el título de Emperador de los franceses». El sentido de la trascendencia formaba ya parte de la mentalidad política (ese ir más allá) que concebía la reconstrucción institucional de Francia como una misión única que, desde entonces, caracterizaría a las primeras magistraturas del Estado. A raíz de la configuración de su sistema imperial, Napoleón intentó resolver un problema general y anterior, correctamente identificado por Meinecke⁶⁰, como era la necesaria conciliación entre el Estado ideal y el Estado real; la tranquilidad del país, y de toda Europa, exigía el rebasamiento del antagonismo entre empirismo y realismo. De esta manera, se colige que su idea imperial estuviese indisolublemente arraigada al sueño de una Europa unida⁶¹.

Al propalar su propia idea de equilibrio⁶², el Emperador justificó —e intentaba motivar— la creación de un gobierno ideal paneuropeo, encabezado por él mismo. Por este motivo, Napoleón presentó su obra política como la única capaz de cortar la hasta entonces inestable espiral revolucionaria. Así, Bonaparte jugaba la carta doble del orden y la crisis a la hora de consolidar su dinastía. Los monarcas europeos sólo le estuvieron «agradecidos» el tiempo suficiente para acordar nuevas revueltas contra el poder imperial. El Trono napoleónico cayó presa de sus mismas contradicciones, pero dejó una estela de prestigio glorificado —una especie de ensoñación romántica⁶³— que, inex-

60 FRIEDRICH MEINECKE, *La idea de la razón de Estado en la Edad Moderna*, Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 1983, pp. 351 y ss.

61 THIERRY LENTZ y BENOÎT YVERT, *Napoléon et l'Europe. Regards d'historiens*, París, Editions Fayard, 2005.

62 Incluso Talleyrand le reconoció haber sido «el primero y el único que ha podido dar a Europa un equilibrio real, que en vano busca desde hace siglos y del que está ahora más lejos que nunca» (CHARLES MAURICE DE TALLEYRAND, *Memorias*, Madrid, SARPE, 1985, p. 214).

63 Aun a pesar del transcurso del tiempo desde el Primer Imperio hasta la época en que fue escrito, resulta interesante cotejar el espíritu libre que se estudia en L. CELLIER, *L'Épopée romantique*, París, Presses Universitaires de France, 1954; y, claro está, el clásico de VÍCTOR HUGO, *Manifiesto romántico*, Barcelona, Edicions 62, 1971.

plicablemente o quizá por ello mismo, perdura hasta hoy día⁶⁴, aun cuando el llamado bonapartismo haya deparado derivaciones díspares y hasta conflictivas⁶⁵. La quimera de la ambición personal, o la búsqueda de la eternidad a través de obras humanas elevadas a la categoría homérica de epopeyas. Quizás el sutil talento de Carlyle comprendió mejor el espíritu de tan insigne mortal,

«Aquella fe en la Democracia, pero aquel odio hacia la Anarquía, es lo que impele a Napoleón durante toda su grande empresa»⁶⁶.

Recibido: 3 noviembre 2008

Aceptado: 3 febrero 2009

64 BENGIO, «De Néron à Osiris. Le mythe de Napoléon dans la littérature romantique», en *La invasión napoleónica*, Bellaterra, Publicacions de la Universitat Autònoma de Barcelona, 1981, pp. 99-131.

65 Sobre la semilla autoritaria y conservadora sembrada por émulos del Imperio, véase F. BLUCHE, *Le Bonapartisme (Aux origines de la droite autoritaire (1800-1850))*, Paris, Nouvelles Editions Latines, 1980.

66 THOMAS CARLYLE, *Los héroes*, Barcelona, Ediciones Orbis, 1985, p. 296.

